

TECE

BAN

AAA

VVV

C



Biblioteca Universitaria de Granada



01113627

B  
20  
283

TULO EXCLUIDO  
DE PRÉSTAMO

0  
1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20

B

28

283

TÍTULO EXCLUIDO  
DE PRÉSTAMO

DEL CIELO



À

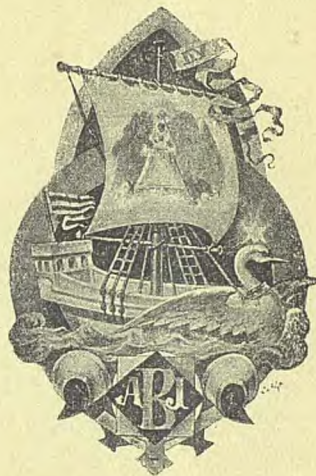


LA TIERRA





BIBLIOTECA



IBERO-AMERICANA

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL GRANADA	
Sala:	B
Estante:	28
Numero:	283

~~8-6-28~~

Baronesa de Wilson

# DEL CIELO Á LA TIERRA

S.	A
E.	95
N.	1069
R.	4446



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 BARCELONA  
 N.º Documento 850510612915747  
 N.º Copia 877025 i 46195

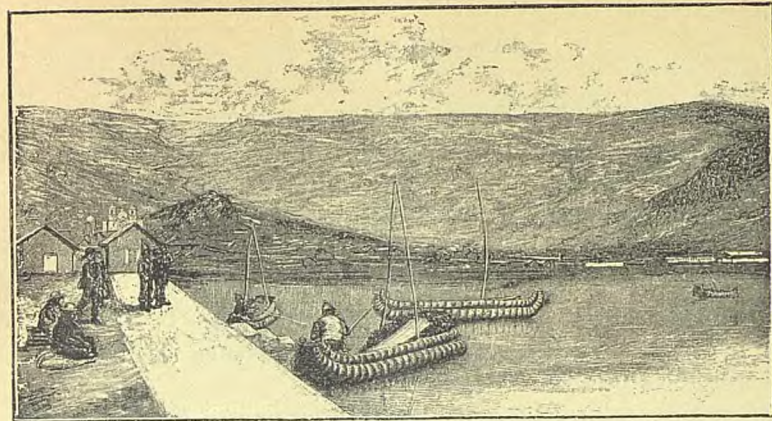
BARCELONA. — 1896

LIBRERÍA DE ANTONIO J. BASTINOS. — EDITOR  
 Calles de Pelayo, 52 y Concejo de Ciento, 506

---

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

---



(Lago Titicaca)

## DEL CIELO Á LA TIERRA

---

### I

**A**NTES de comenzar nuestra historia prepárense mis jóvenes lectores á emprender conmigo un larguísimo viaje, cosa no tan difícil ahora, pues que tal facilidad nos prestan las líneas ferrocarrileras y los vapores, rápidos y seguros.

En marcha: atravesemos grandes distancias sin detenernos á curiosear en pueblos y ciudades; allí, en un puerto cuajado de barcos grandes y pequeños, nos aguarda el vapor; ¡qué gallardo y bonito es! ¡cuánta gente y qué movimiento! Tal vez nunca habrán visto mis curiosos lectores esas casas flotantes que rápidamente cruzan el ancho mar y nos conducen á tierras desconocidas.

Durante los días de viaje se despertará la curiosidad juvenil ante ese mundo misterioso é insondable, donde á su antojo viven millares de pececillos de matices brillantados que á flor de agua juegan al paso del vapor, apareciendo y desapareciendo, flotando entre las olas y perdiéndose en las hondas simas de ese abismo que encierra tantas riquezas, tantas maravillas, como jamás la imaginación pueda forjarse.

Si posible fuese descender al fondo del mar, veríamos las plantas más extrañas y variadísimas; las flores que abren sus pétalos rojo-verdes, azulados, amarillos ó color de rosa, como alitas de pintadas mariposas, con múltiples ramas que se extienden tomando formas originales y esparciéndose sobre bizarros é inofensivos testáceos, nombre genérico aplicado á esas numerosas familias de animalitos que viven en sus bellísimas conchas, y nos encantan cuando en las playas formamos colección ó se petrifican entre pólipos y plantas, que tienen vida especial en las profundidades del Océano.

Si por medio de una varita mágica pudieran bajar mis alegres compañeritos de viaje á ese universo misterioso, ¡cuánta sería su curiosidad, su asombro y su regocijo! Pero de repente el miedo embargaría vuestro ánimo al mirar los troncos y ramas, agitándose en distintas direcciones, aun cuando la impresión fuese pasajera, comprendiendo que, bajo aquella forma original, en aquellos brazos de hermosísimos colores hay infinitos poros, y allí anidan millones de seres de diferentes tribus acuáticas que pueblan los mares y son objeto de interesantes y profundos estudios.

Por fin seguimos navegando, y después de recrearnos en la suave ó turbulenta superficie, aparecerá á nuestros ojos una risueña costa, una zona

de las más bellas de América: la tierra peruana, descubierta por Francisco Pizarro hace cuatro siglos y gobernada entonces por los Incas ó hijos del Sol, como tal creían los sencillos habitantes.

## II

El astro maravilloso resplandece sobre altísimas crestas de nieve que semejan altares de plata envueltos en gasas y en tules, confundidos allá en lo alto con los pabellones de nubecillas color de ópalo, rosadas y azules.

Los montes parecen gigantes y se reproducen así como las verdes colinas en una bullidora extensión sembrada de penínsulas, istmos, estrechos y archipiélagos.

Aquellas ondas diamantinas y fosforescentes son las del lago Titicaca, el más elevado del Universo, pues que se encuentra á 3,914 metros sobre el nivel del mar.

Está como quien dice tendido sobre una meseta ó plataforma de la soberbia cadena de montañas ó serranía de los Andes.

Figuraos, mis queridos lectores, algo muy bello, muy alegre, muy lleno de luz: un mar de agua dulce surcado por vapercitos como nidos de palomas y por balsas de *totorá* ó enea, que tal es su nombre en castellano.

Al par de los *omantos*, *suches*, *bogas* y otros peces sabrosos que pululan en la apacible corriente, juguetea un enjambre de chiquillos indios, acechando, mientras se bañan, la llegada del vapor, y viviendo



horas y horas entregados á ociosa libertad en la playa, sin preocuparse por su mísera condición.

Entre ellos hay dos que deben fijar nuestra atención, pues para buscarlos hemos hecho el viaje. Hace algunos años eran de los más turbulentos y menos miserables é ignorantes que sus compañeros de juegos; por esto ejercían una especie de dominio sobre todos los rapaces de Yunguyo, pueblecito vecino del lago y no lejano de la famosa iglesia donde se venera la Virgen de Copacabana, visitada por naturales y extranjeros, y que, á semejanza de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, posee grandes riquezas, y recibe con frecuencia ofrendas de los fieles devotos que acuden á implorar su protección y misericordia.

### III

Hijos de viuda y su única esperanza eran los dos muchachos Benito é Hilario, conocidos por los *Cholitos de la Sierra*, nombre dado por estar mezclada su raza india con la blanca.

Debido á las economías del difunto indio, arriero de oficio, habían tenido una infancia ajena á la miseria, y gracias al buen manejo de la viuda, aumentóse la hacienda y creció el bienestar de la familia.

—Si no fuera por Benito—solía decir la cariñosa madre—viviríamos como los *suches* en el agua.

Penas muy hondas habíale causado á Teresa el mayor de sus hijos por lo pendenciero de su carácter y lo irascible y perverso de su condición.

Hilario sufría sin quejarse y soportaba por amor á Teresa la altanera autoridad y el desvío de su hermano.

Humilde y sencillo, ponía su confianza en la Virgen de Copacabana, y soportaba la preferencia de la viuda por el hijo mayor con resignación y esperanza.

Con todo, y aun desde muy niño, se empeñó en demostrar á su madre una ternura singular y nunca desmentida, esmerándose en la guarda de las Llamas, Alpacas y Vicuñas, para que su lana fuera la más buscada en aquellos contornos cuando se hacía la *tonda* de los rebaños.

La esquila ó *tonda* producía en el ánimo de Hilario verdadero regocijo, porque las finas guedejas eran vendidas á buen precio, gracias á su belleza y mérito.

Aunque muy jóvenes, resolvieron casarse ambos hermanos, porque Teresa, achacosa y anciana, no podía atender ya al cultivo de las heredades ni á los cuidados del hogar.

El primero fué Benito, escogiendo para mujer una moza coquetuela, bonita y dada á despilfarros y diversiones, orgullosa á la vez porque aportaba al matrimonio su herencia de ganados, como hija única y criada con mimo y adulación, imponiendo al enamorado *Cholo* la vida independiente y el alejamiento de Teresa.

Sin resistencia sacrificó el indio á la infeliz mujer, después de obtener de su ciego cariño que menguase la parte que á Hilario pertenecía para aumentar su haber.

### IV

—No importa, madre; yo también me caso, y mi mujer, aunque pobre, no permitirá que mi ma-

dre pida una limosna, y así como así un pedazo de pan que se comparte con usted debe traer la bendición de Dios.

Esto decía Hilario, enjugando las lágrimas y consolando á la acongojada Teresa.

— Bendito seas y malaventurada mi injusticia para contigo; hasta hoy no he sabido lo que valías.

Sólo dos años había pasado Hilario desde su casamiento, cuando empezó á experimentar fuertes reveses de fortuna, y mientras que la hacienda de Benito prosperaba y crecía como la espuma, la de su hermano iba reduciéndose más y más.

Una epidemia diezmó sus rebaños.

Un terrible incendio convirtió en ruinas su casa, á la par que los temporales destruyeron sus campos en la época de la cosecha.

Tan grandes fueron las pérdidas, que pronto la miseria y la tristeza se constituyeron en huéspedes constantes de la antes afortunada vivienda.

Teresa se reprochaba su ciega preferencia por Benito, en perjuicio del bondadoso Hilario, y esta idea fija envenenó la existencia de la mestiza y ocasionó su muerte.

El tiempo pasaba; la angustia crecía y el infortunio era cada vez mayor en el mísero *rancho* de María Rosa, más acongojada en su desventura por las dos niñas que el cielo había enviado en los tres años de matrimonio con Hilario.

— Mi hermano es dichoso — decía sin encono — y no piensa en que nosotros tenemos hambre y frío, además de esta fiebre que no puedo curar por falta de recursos. Tal vez no sepa que lo hemos perdido todo.

María Rosa tuvo un impulso y una esperanza, y, medio loca por el dolor, se resolvió á dar el último paso.

Llorosa y avergonzada, entró por las puertas de la casa propiedad de Benito, y, entre sollozos, hizo rápida y elocuente reseña de la situación.

— Tú tienes toda la culpa de la mala suerte de Hilario.

— ¿Yo? — exclamó la atribulada María Rosa.

— Tú — repitió Clara; — tú; si como Benito, tu marido se hubiera casado con mujer rica, no se vería de ese modo. Además, Hilario es perezoso y así ha perdido su hacienda.

— Dios sabe que ha trabajado sin descanso.

— Fuera, fuera de aquí; no vuelvas jamás, porque sería inútil.

Cuando María Rosa volvió al miserable *rancho* ó casucha que habitaban, encontró á Hilario más animado.

— Mi hermano no es malo; su mujer es perversa, pero yo le hablaré y hará algo por nosotros, siquiera por mis hijas...

— No hará nada; ya verás.

— La tierra me llama, y antes he de procurar la protección de mi hermano.

En el lenguaje de los indios, quería decir Hilario que no había remedio para él.

## V

Débil y á paso lento, encaminóse á la casa que había sido suya en la niñez.

En el ancho patio, y recibiendo pagos de sus pastores, hallábase Benito.

Al ver á su hermano fulguraron en sus ojos rayos de cólera y de odio.

— Holgazán, miserable, vete de aquí y que no te vea nunca en mi presencia.

— ¡Dios mío! ¿Eres tú capaz de arrojarme de esta casa donde nacimos los dos?

Benito sacó dos *soles* de su bolsillo y los arrojó á los pies de Hilario.

— Vete, vete; no quiero en mi casa mendigos; déjame en paz.

Preocupada por el resultado de la entrevista, había acudido María Rosa al encuentro de su marido, y al verle cabizbajo, trémulo y descompuesto, comprendió que si cruel y dura había sido para ella su cuñada, no menos inhumano era Benito para el sin ventura Hilario.

Como la mujer tiene siempre fortaleza para consolar á los que ama, así aquella india infeliz buscó en su cariño frases y caricias que levantarán el decaído espíritu de Hilario, y al recibir de su mano los dos soles (1), ó sea la limosna del orgulloso pariente, exclamó llena de fe:

— La Virgen de Copacabana nos protegerá en nuestras miserias: ella ha de ser el amparo de nuestras hijas.

— Dios te escuche, mujer, porque confieso que es demasiado sufrir.

— Esta misma tarde iremos todos á rezar y á implorarla, y alcanzaremos misericordia.

## VI

El santuario de Copacabana no estaba lejos del istmo de Yunguyo, y aquel día, arrodillados ante la

(1) Como dos duros.

santa efigie, alzaban sus manos y pedían su favor María Rosa, su marido y sus dos tiernas criaturas.

— Señora, madre nuestra — decían con fervorosa confianza, — protectora de los humildes, consuelo de los pobres y de los tristes, visitad el mísero rancho (1) de estos afligidos que os imploran. Venid, señora, para que la desgracia huya de nosotros al vernos cobijados por vuestra omnipotencia.

¿Era ilusión ó realidad? Lo cierto es que parecieron á Hilario y á su mujer que la hermosa cabeza de la imagen se inclinaba hacia ellos, y con el corazón saturado de confianza y de júbilo infinito, volvieron á Yunguyo, no dudando de que en breve había de sonreírles la fortuna.

Tocaban las campanas al medio día; era la hora del reposo en aquellos pueblos; el labrador abandonaba sus rudos trabajos del campo, buscando el descanso necesario para más tarde emprender de nuevo sus tareas.

Hilario estaba tranquilo; desde su visita á la Virgen, había desaparecido la fiebre que le consumía, y alegremente, sentado á la pobre mesa, hablaba con su mujer cuando llamaron á la puerta. Levantóse María Rosa y vió en el umbral á una anciana pálida, desfallecida y tiritando de frío.

En aquellas alturas hay épocas [del año en que los vientos de la cordillera bajan impetuosos y helados, y el granizo y la nieve son inseparables compañeros suyos.

— Taita (2) — exclamó la niña mayor, — taita, mira qué pobrecita!

— Ven á comer con nosotros — gritó Hilario,

(1) Choza, cabaña — casa en el campo.

(2) Padre en lenguaje quichua, idioma de los indios peruanos.

mientras que María Rosa la encaminaba hacia la mesa con solícito cariño.

— No puedo más — dijo la mendiga dejándose caer en el banco de piedra, que de día era asiento y de noche cama para la familia.



— Poca es nuestra comida, pero mucha la voluntad; come, aunque no quede para mi marido y para mí; al fin y al cabo tenemos casa y abrigo.

Con avidez satisfizo la pobre mujer su necesidad; acarició después á las dos niñas y sus ojos tomaron dulcísima expresión al rehusar la oferta de pasar la noche en el miserable albergue.

— No; tengo todavía que ir muy lejos; gracias. La bendición del cielo os acompañe y asista.

## VII

Aquella noche tuvo María Rosa un sueño hermosísimo. En él vió descender del cielo á la Virgen de Copacabana, y, cosa extraña, llevaba los andrajos de la pordiosera. Lentamente habiase acercado á la cama, si tal puede llamarse las pieles de alpaca que cubrían el asiento de piedra.

— He cumplido tu deseo; te he visitado y he comido vuestro pan, que desde hoy no podrá faltarnos.

Al día siguiente recibió Hilario una buena noticia, y con ella una suma que daba por perdida y que era producto de la venta de lana hecha un año antes al esquilar las últimas vicuñas y alpacas, resto de sus diezmados rebaños.

El comprador había estado en Lima y la ganancia superó á lo que esperaba.

Hilario pudo comprar otro rebaño y casualmente la lana de la vicuña subió de precio.

*Las vicuñas*, que abundan en las alturas de Vinococaya (Perú), parecen por su tamaño graciosas ovejitas, pero son más trepadoras y ágiles, y tienen lana finísima como seda.

Las regiones donde se crían, así como las alpacas, son por extremo glaciales, y al pasar el tren las veríamos saltar por entre las rocas, trepar por empinados riscos y unirse á los *guanacos*, especie de cabras con lana espesa y hermosa, que también son habitantes de las solitarias escabrosidades de la sierra.

Con ellas y en fraternal unión, andan las *llamas*,

de lustrosa piel, de ojos grandes y saltones, mansas y útiles para los indios, como animales de carga.

En el Perú y Bolivia constituyen un recurso y forman recuas numerosas para la conducción de frutos, legumbres y tejidos peculiares que usan los indígenas para sus trajes y que venden en los mercados públicos.

No dejaría de llamar la atención de mis jóvenes lectores lo abigarrado de los matices, las fajas y gorras cónicas, las lentejuelas de los sombreros en días de fiesta, las chaquetillas y los bordados.

En nada semejan á los que vemos por esta parte del mundo, aun cuando recuerden algo á los campesinos de por acá.

Para todo se emplea lana de alpaca y vicuña, y con esto se comprenderá que, á poco tiempo, Hilario y María Rosa recobrarán la tranquila holgura de los primeros días de sus bodas.

La abundancia reinó en la casa, y no pasaba día sin que en ella se diesen muestras de gratitud á la Virgen, que María Rosa afirmaba haber visto, y á la cual debían los bienes que ya abundaban en la modesta vivienda restaurada, y con el aumento de otras piezas, corral para el rebaño y huerto bien cultivado y lozano.

## VIII

Era un día por demás tempestuoso: el lago Titicaca presentábase amenazador, porque de repente se encrespa y como un Océano en miniatura, presenta olas ariscas y peligrosas corrientes.

El cielo no tenía esplendores, sino agrupadas

nubes cenicientas y oscuras; caía la lluvia menuda, persistente y fría como la nieve.

En lo opaco y sombrío del firmamento se destacaban dos blancos y altísimos picachos: eran los volcanes bolivianos, el Sorata y el hermoso Illimani.

Benito, envidioso á la sazón de la rápida fortuna de su aborrecido hermano, quiso también hacer una ofrenda á la Virgen, deseoso de que aumentara su floreciente hacienda y la prosperidad de su casa.

De hinojos á los pies de la venerada imagen, turbado á pesar suyo y conmovido, balbuceó:

— Reina de las reinas, estrella del cielo, refugio nuestro, visitad mi casa como habéis visitado la de mi hermano.

¿Sería efecto de la imaginación? Diríase que la Virgen miraba severamente á Benito, que su cabeza se movía y que la dulzura del semblante hubiera desaparecido.

Entretanto arreciaba el temporal. Benito, malhumorado, trocó en cólera su mansedumbre de un momento, llegando á su casa pesaroso de su visita al santuario.

— Yo no sé por qué doy crédito á esas patrañas que mi hermano publica.

— Ya te convencerás de la mentira y que todo lo habrá hecho porque llegue á nuestra noticia. Para milagros está el tiempo — repuso Clara sonriendo.

Tocaron á medio día. La mesa estaba puesta; abundante era la comida; grandes mazorcas de maíz tostado, gustosa *quinua*, amén de rica cecina y buen pescado, excitaban el apetito.

Llamaron á la puerta; se oyó la voz de un niño.

— Una limosna por Dios; mi madre se muere.

Sobre el escalón de piedra estaba tendida una mujer joven y cubierta de harapos.

Un niño rubio como los serafines y rosado como los ángeles, gemía sentado á su lado.

Benito airado, brusco, separó á la criada que había acudido y gritó con voz de trueno:

— ¡Afuera los vagabundos! No se da limosna.

— Está lloviendo y hace mucho frío; siquiera un pedacito de pan.

— Bastante frío pasé ayer desde Copacabana aquí.

— De allí venimos ahora.

— Pues podéis volver [y pedir socorro á la Virgen.

— Mi madre no puede andar.

— Vamos, Benito — dijo Clara, — la comida se enfría.

El hermano de Hilario rechazó al niño, haciéndole rodar hasta la calle y cerró bruscamente la puerta.

## IX

El mal tiempo duró todo el día y al siguiente amaneció nevando.

Las olas del lago chocaban y se levantaban imponentes, produciendo ruidos siniestros y lúgubre impresión.

A pesar de todo, Benito anunció al levantarse que pensaba ir al santuario de la Virgen.

— Con el viento y la nieve, ¿para qué? — preguntó Clara.

— He soñado que la Virgen había venido como á casa de mi hermano, y quiero volver por si me lo concede.

— Pues no decías ayer...

— No importa; los sueños suelen salir verdad.

Y sin vacilar emprendió el camino.

Nuevamente se postró delante de la reina augusta de los cielos, formulando su deseo.

Pero ¡oh prodigio! la mirada de la Virgen cayó fría sobre Benito, y una voz grave y de firmeza singular, dijo:

— La Virgen estuvo en tu casa y la rechazaste; el niño Jesús imploró tu caridad y no le socorriste; por el contrario le maltrataste; el que no es caritativo, el que no ama á su prójimo, aquel que no abriga generosos sentimientos, no merece la celestial protección.

Benito se espantó. A su lado vió á la pobre joven del día anterior, y al rubio niño que le había pedido limosna.

El rostro de la imagen tenía exacto parecido con el de la pordiosera.

— ¡Perdón! — exclamó — ¡perdón! Me arrepiento, Señora, y lo demostraré.

— Es tarde; tu corazón no encierra sino hiel y ambición.

Benito salió del santuario, sin saber cuánto tiempo había permanecido allí.

La noche estaba lóbrega y medrosa.

A cada paso el viento y el granizo rechazaban al avaro cholo, y en vano quiso encontrar el camino para regresar á su casa.

Extraviado, perdido, medio loco, llegó á orillas del lago.

Las olas rugían. Las ráfagas le cegaban envolviéndole con un sudario muy semejante á una mortaja.

Toda la noche anduvo errante, y al amanecer, rendido y agobiado, logró llegar á su casa.

Pero delante de los ojos de Benito no había más que un montón de escombros.

Aun humeaban; el fuego lo había destruído todo, y Clara, medio carbonizada, con su hijo en sus brazos y ambos sin vida, yacían á poca distancia sobre la nieve.

Quiso penetrar en la casa hasta el sitio en que tenía el arca con el dinero; al intentarlo se renovó el incendio y una llama azotó el rostro de Benito.

Desesperado llevó la mano á los ojos; no veía; estaba ciego.

Con amorosa caridad le recogió su hermano.

Su razón se alteró y sólo á cada instante pronunciaba estas palabras:

— ¡Perdón, Señora, perdón!



## Nativa y Estevanía

### I

**P**UES señor, dice un refrán que «El hombre propone y Dios dispone», á lo cual añaden en América: *y el indio lo descompone*.

Veamos si lo último es verdad.

Al arrullo de las brisas primaverales veíanse florecer y embellecerse los árboles y plantas en aquella región que en el Ecuador se llama el Valle de Chillo, situado en las cercanías de la ciudad de Quito, capital de la república.

En las cumbres nevadas de los Andes reverberaba el sol ardiente y vivificador, y ya los ríos y arroyuelos se hinchaban y crecían por efecto del deshielo que allá en las cordilleras operaba su evo-

lución anual, proporcionando inmensos caudales de agua fertilizadora para aquellos hermosos y frescos prados, donde el ganado tiene siempre abundante y lozano pasto.

Por supuesto que en la mayoría de las zonas tropicales y aun cuando en el interior de aquéllas la temperatura sea menos ardiente, no se da jamás el espectáculo que presenciamos en Europa, al cual desde niños nos acostumbra el cambio de estaciones.

¿ Creerán mis lectores que en ciertos lugares de América no se ven ni árboles sin hojas, ni campos secos y agostados?

Allí reina perenne primavera en la naturaleza, y la espesura de los bosques y la elevación de las montañas conservan el frescor riente de los valles y *potreros*, que así se llaman las extensas y siempre verdes praderas de pasto.

Allí, en el valle de Chillo, alfombrado por lozanas florecillas silvestres, que embalsaman la atmósfera con especialísimos olores, y como quien dice teniendo por elixir de salud el aire que el volcán Pichincha envía impregnado de incomparables rocíos, que agigantan la vegetación y la sostienen por demás hermosa, había una casa de regulares dimensiones que en un tiempo pasaba en el país por ser de las mejores, considerando á sus habitantes como acomodados y felices.

La familia no era numerosa: un matrimonio y dos niñas de diez años una y ocho la otra.

Ocupábase la madre en tejer encajes primorosos, que se vendían en Quito á buen precio, y el padre fabricaba *petates* ó sean esteras finísimas, canastos de todas formas, redes y otros objetos no menos útiles y de venta segura.

Nativa, la mayor de las niñas, y Estevanía, la más

pequeña y traviesa, ayudaban al manejo de la casa y sabían, como su madre, hacer encajes y cuidar de los patos y gallinas.

Desgraciadamente y cuando menos podían esperar, quedó viudo el honrado Guillermo y fué golpe tan fuerte para él, que puede asegurarse no volvió á levantar la cabeza.

Nativa era más seria y formal de lo que su edad permitía, y ella se hizo cargo de la casa y se constituyó en segunda madre de su hermanita.

Claro está que con tales sucesos disminuyeron las entradas de dinero, porque Guillermo había perdido el ánimo y la salud; su actividad se perdía poco á poco y aunque amante de sus hijas y sintiendo dejarlas huérfanas, no podía sobreponerse á la tristeza y al desaliento que la muerte de su Luisa había producido.

Ella le animaba en sus trabajos; ella era el alma de su vida; ella había vigorizado su carácter débil, y desde su matrimonio, con su cariño y ejemplo, pudo lograr hacer de él un hombre trabajador y útil para su familia.

Era Guillermo hijo de padres españoles y Luisa de raza india, pero de tez muy blanca, de ojos rasgados y bastante hermosa, como lo son, en general, las imbabureñas.

El amor les había unido, formando una familia dichosa.

## II

— Nuestro padre se muere — pensaba Nativa, y la animosa niña trabajaba sin descanso de día y no-





che, para que nada faltase al enfermo en los días de su agonía.

Fué corta. Se extinguió como esas luces que se apagan lentamente. Aquel momento no se borró jamás de la memoria de Nativa.

Su padre la llamó, y abrazándola dijo:

— Desde hoy no tiene Estevanía sino á ti en el mundo. Eres buena y laboriosa como tu madre; sé siempre honrada y Dios te ayudará.

Y el pobre Guillermo cerró los ojos para siempre.

La vida en el valle de Chillo era insoportable para las dos niñas; tristes, solas y aunque estimadas de todos, ambas se persuadieron de que debían escribir á un hermano de su padre que vivía en Machachí y era ganadero.

No tardó en llegar la contestación. Encerraba palabras de consuelo, anunciando que á pocos días salieran para Quito, donde encontrarían unos arrieros encargados de conducir las á casa de su nueva familia.

Nativa acudió á un anciano amigo de su padre que solía llevar mercancías á Quito, y mostrándole la carta le dijo:

— Soy una niña, pero se me alcanza que no he de volver jamás á estos valles, y por tanto he de vender lo que aquí poseemos, la casa y muebles que serían inútiles, al dejarlos en este lugar: en manos tuyas lo pongo todo, que ha de mirar por ello y por nosotras como si fuera cosa propia.

El buen hombre no tuvo réplica á tan juiciosas razones, y se dió á vender el ajuar modesto y la casa de las huérfanas, únicos bienes que poseían.

Todos los habitantes de los contornos colmaron de agasajos á las dos niñas y las despidieron con lágrimas en los ojos y duelo en el corazón.

El amigo del difunto Guillermo ofreció acompa-

ñarlas hasta Quito, y con otro vecino emprendieron á pie el viaje que, prácticos del terreno, llevaron á cabo sin dificultad.

Cuidadosamente guardó Nativa en Quito la suma que había resultado al vender la casa y cuanto ella contenía, prosiguiendo su viaje con valor, consagrándose por entero al cuidado de Estevanía, para que la marcha le fuese menos penosa, pues era más niña y por su naturaleza delicada y endeble.

Por evitar un peligro á su hermana, hubiera expuesto Nativa hasta la vida.

Con viveza y singular intrepidez seguía ya á pie ó en mula los consejos de los arrieros y no permitía que en las dificultades del camino se ocupasen de ella, sino más bien de evitar sustos y fatigas á su hermanita, sorprendiendo á todos por aquel cariño exclusivo y maternal.

### III

Todo eran sorpresas para las dos huérfanas, no acostumbradas á viajes ni á otras impresiones ni perspectivas que las del valle de Chillo.

Montes, laderas, riachuelos, campos y desfiladeros, tenían singular atractivo, y se embelesaban con los dos soberbios riscos cubiertos por nieves eternas, llamados *El Corazón* y el *Ylinisa*, que esparcen frío intenso en las cercanías y asombran por su blancura inmaculada, que se destaca en la cadena de arrogantes montañas y se yerguen en un trono de nubes.

Figúrense mis juveniles ó pequeños lectores si ellos se quedarían absortos en la contemplación de

tantas maravillas, y mucho más cuando al terminar el paso por una quebrada del camino vieran cambiarse el paisaje y aparecer á lo lejos el pueblo, y frente á él, como un altanero centinela, la cima del *Rumiñagüi* donde, si ha de creerse la leyenda y los dichos transmitidos de siglo en siglo, hay riquezas suficientes para comprar un reino y embaldosar con oro el palacio real.

Al día siguiente, muy de madrugada, llegaron las niñas á casa del hermano de su padre, y afortunadamente él, su mujer y su hijo, eran gentes de excelente corazón que acogieron á las huérfanas con sincera alegría y cariñoso anhelo.

Estevanía, con su gracia y gentileza, con su travessura y vivacidad les cautivó desde el primer momento, y Nativa, reposada como una mujercita grave, y sin omitir detalle en su misión maternal, ganó por entero el corazón de sus tíos.

¡Qué admiraciones las de los primeros días! Es el caso que aquel punto no deja de ser animado, pues que con frecuencia llegan viajeros de la costa con dirección á Quito, y las dos niñas, acostumbradas á vivir en un sitio aislado, lo veían todo como una novedad.

#### IV

El primo Lucas las acompañaba en varias excursiones, y siempre Estevanía era la más atrevida y curiosa, sobre todo cuando se trataba de los cuentos y tradiciones del país.

— Lucas, ¿por qué aseguran que en Rumiñahüi está escondido un tesoro? — le preguntaba un día con infantil insistencia.

— Pues te diré. Hace un montón de cientos de años, creo que cuatro siglos, que todas estas tierras eran desconocidas para los españoles, y entonces las gobernaban unos reyes llamados *Incas*.

— Sí, sí; ya lo sé — interrumpió la niña; — he leído algo de eso, y Nativa también me explica todos los días la historia.

— Pues bien, el último, el inca Atahualpa, cayó prisionero de los españoles y lo encerraron para que pagase rescate. Cuentan que ese día estaba el Inca como una ascua de oro, y al ir al campamento de los extranjeros, le precedían escuadrones de honderos cubiertos con chalecos rellenos de algodón, para defenderse si acaso peleaban. A más llevaba soldados con flechas y otros con picas, y todos tenían cubierta la cabeza con una especie de morriones, y dicen estaban adornados con plumas de todos colores.

Lucas, que ya contaba diez y seis años, había asistido á la escuela en Quito, mientras estuvo en casa de su abuela, que desde niño lo tenía á su lado.

Su padre, educado en Guayaquil y hombre acomodado, se enorgullecía de que en Machachi no hubiese otro joven tan instruído como su Lucas, ni tan estimado por aquellos pueblos.

No faltaban más de cuatro madres que lo quisieran para yerno; pero, por el pronto, no pensaba sino en acompañar á sus primas, para las cuales era un oráculo, sobre todo tratándose de Estevanía.

#### V

— Sigue, Lucas, sigue — dijo la niña, — pues me parece estar viendo todo eso que nos cuentas, y ya estoy impaciente por saber lo del tesoro.

— Bueno, ya llegaremos á ese punto: Atahualpa llevaba muchos criados vestidos de blanco y encarnado, que minuciosamente limpiaban el camino y quitaban las piedrecillas y estorbos, á pesar de que ya los indios de Cajamarca lo habían preparado cuidadosamente todo.

— La comparsa de criados bailaba y cantaba — dijo Nativa — y después de ellos seguían los nobles; ¿no es así, Lucas?

— Cierto: los más ricos y elevados del acompañamiento vestían trajes azules muy costosos, con armaduras de oro y plata, y en medio de ellos iba el rey ó Inca.

— ¿Á pie?

— Nada de eso: en hombros de ochenta nobles, y sobre unas andas ó litera con chapas de oro que brillaban como un sol. El almohadón era de alpaca y tan cuajado de pedrería que deslumbraba.

La niña abría desmesuradamente los ojos, como si abarcase en lontananza todo aquel seductor conjunto.

— El vestido del Inca — repuso Lucas, satisfecho del efecto que producía en su prima — era de una riqueza extraordinaria, no menos que la corona ceñida á su frente y el collar de esmeraldas que pendía del cuello. Detrás del Inca iban en literas otros príncipes y señores, llamados *curacas*.

— ¿Pero y con tanta gente pudieron los españoles tomarlo prisionero?

— Sí: los hombres de Pizarro, que era el descubridor del Perú, estaban concertados, y como no respondiese á una pregunta, tal y como ellos lo entendían y rechazase el santo libro de los Evangelios, porque el Inca no era cristiano como nosotros, se lanzaron todos contra él, y á pesar de la defensa, no hubo remedio para ellos, porque se asustaban con

las armas de fuego y con la rapidez y caracoleo de los caballos.

— ¿Y entonces qué sucedió?

Nativa, trémula y casi con lágrimas en los ojos, no dió tiempo á Lucas y contestó:

— Cazaron á los indios como fieras: las espadas cortaban las carnes y herían sin piedad: ¡cuántos cadáveres quedaron allí, cuántos! Leer eso es espantoso, pero también interesante! Allí, defendiendo al rey, murieron todos: ¡pobrecitos!

— Al fin — añadió Lucas, — después de la matanza y con no poco esfuerzo tomaron al Inca, y ya el Perú fué de los españoles.

— Pero, ¿y el tesoro?

— A eso voy ahora.

En aquel instante los rayos del sol, en el ocaso, caían de lleno sobre la montaña y se diría que cada piedrecilla era un diamante: tanto brillaban.

A pesar del frío, no quisieron las niñas entrar en la casa hasta que Lucas concluyera la historia que las tenía embelesadas.

## VI

— Entre los generales de Atahualpa había uno llamado Rumiñahui, que traidoramente abandonó el campo cuando su señor quedaba en poder de los españoles, y más tarde se alzó también, en vez de acudir con la parte del inmenso rescate exigido por Pizarro.

— Que debía llenar una habitación hasta una gran altura — observó Nativa.

— Cuentan que al saber la muerte del Inca...

— ¿Lo mataron? — exclamó Estevanía.

— Sí; le dieron garrote como á un asesino malvado.

— ¿Y por qué?

— El infeliz ofreció todo el oro de sus reinos y cumplió su palabra, pues á su mandato, y aunque estaba prisionero, acudían hasta sus vasallos más lejanos; pero le acusaron de traiciones que no pensaba cometer, de faltas, delitos y qué sé yo cuántas cosas más; lo cierto es que el pobre y desdichado Inca, murió á manos de los españoles.

Lucas y las dos niñas quedaron silenciosos, no comprendiendo tal vez tamaña injusticia.

De repente Estevanía alzó la cabeza diciendo:

— ¿Pero y el tesoro?

— Pues allí — y Lucas señaló á la montaña. — Rumiñahüi, huyendo de los extranjeros, se refugió en ese monte con riquezas que nadie ha podido calcular; dicen que hay cada piedra preciosa del tamaño de una nuez, oro en barras y plata á montones.

— Entonces sería fácil buscar todo eso.

— Vaya; no es la primera vez que han buscado, pero por fuerza está escondido de modo que nadie pueda dar con él, y luego alguno de los que han subido al monte no han vuelto á bajar.

— ¿Por qué?

— Nadie lo sabe, pero ello es que no se les ha visto más.

## VII

Y pasaron días y meses y hasta años. Estevanía era la muchacha más bonita de Machachi y de toda

la provincia, y Nativa, aunque también muy bella, no se ocupaba sino en servir de madre á su hermanita.

Así cumplía los últimos deseos de su padre.

No le faltaron proporciones para casarse; era honrada, buena, hacendosa, y como en manos de su tío habiase aumentado la suma que del producto de la casa le había entregado, podía juzgarse que poseía un pequeño capital.

— Para Estevanía — pensaba; — yo no necesito lo más mínimo.

Después de su hermana, á quien quería entrañablemente, amaba á Lucas, ya entonces mocetón robusto, trabajador y juicioso, que no había más que pedir.

Hijo único, mimado por la suerte, complaciente, exacto en cumplir sus deberes y con buena figura, era el partido más codiciado y á la vez el menos fácil de conseguir.

Sin saber por qué, Lucas andaba siempre alejado de las muchachas, y ninguna podía decir que hubiera sido su novia.

Sus padres le adoraban y era sabido que no podían negarle nada.

Un día se encontró solo, y como por casualidad, con Nativa.

La joven estaba sentada en un ribazo y su primo tomó asiento á su lado.

— ¿Sabes — la dijo — que desde tu llegada á esta tierra te has hecho una buena moza?

— ¿De veras? Pues te aseguro que es cosa de poco valor á mis ojos.

— Pero no á los míos.

Nativa sonrió sin malicia.

— Puesto que te agrado, estoy conforme con mi belleza.

— ¿Y no te gustaría ser mi mujer?

Nativa se puso pálida y después roja como una amapola.

— ¿Estás de broma?

— No lo creas. Ninguna muchacha es tan á propósito para llenar sus deberes; á más, tu noble proceder con Estevanía te ha hecho amar de toda la comarca; ¿quién mejor podría ser buena hija para mis padres?



— ¿Pero hablas de veras?

— Toma; pues ya lo creo; ya hace tiempo que lo he pensado, y con el corazón en la mano te pido seas mi mujer.

— Eso es imposible — contestó gravemente Nativa.

— ¿Por qué? ¿Acaso quieres á otro?

— No; á ti sobre todos.

— Pero entonces...

— No quiero que por mi causa se labre la desgracia de quien amo aún más que á ti.

— ¿Qué me cuentas? ¿Pues no dices que no quieres á otro?

— No; lo aseguro.

— No te entiendo.

— Hace mucho tiempo que Estevanía te quiere con toda su alma.

Lucas se quedó asombrado.

Nunca pensó en su prima menor, sino como en una niña loquilla y alegre.

— Es imposible; te equivocas.

— No; si te casaras con otra, se moriría. Al principio te quiso como á un hermano, pero ahora es otra cosa.

— ¿Y tú?

— ¿Yo? ¿por qué negarlo? Hubiera sido dichosa al casarme contigo, pero mi hermana es primero. Por Dios quiérela y cástate con ella.

— Y otro te llamará su mujer.

— Nunca; jamás me casaré.

## VIII

Los padres de Lucas hubieran preferido á Nativa para hija suya, porque era una mujer completa y capaz de manejar la casa; pero ella aseguró que al lado de ellos permanecería siempre y tendrían dos hijas en vez de una.

Estevanía no supo el sacrificio de su hermana, ni hasta dónde había llevado su abnegación.

Su amor por Lucas había crecido sin compren-

derlo ella misma, y, cuando se vió solicitada para ser su esposa, creyó morir de felicidad.

— Tú vales más que yo — la dijo á Nativa; — ¿por qué me habrá preferido á mí?

— Porque te quiere. ¿Eres feliz?

— Tanto, que si le hubiera visto casarse con otra no hubiera podido soportarlo. Tú eres mi madre, mi hermana, todo; pues, aun así, temblaba al creer que pudiera quererte más que á mí.

Nativa ahogó un suspiro, y á duras penas contuvo su dolor, porque Lucas era el primero y único amor de su vida.



(Puerto de Corinto)

## LA MADRINA

### I

LA camita era de mimbres y el amor de la madre la había adornado con cintas azules y guarniciones de muselina blanca.

Y en ella dormía un niño como de tres años, con el cutis moreno pálido que destacábase más aun por las guedejas negras como el azabache y las pestañas largas y sedosas, que daban sombra á los ojos cerrados bajo el influjo de un sueño profundo y apacible.

La brisa fresca y suave anunciaba la proximidad del mar, y efectivamente, por la puerta abierta sobre una galería entoldada con rosas y enredaderas, se veían á lo lejos las olas azules y juguetonas acariciando los costados de un hermoso vapor fondeado en la entrada del risueño puerto de Corinto.

Al lado opuesto erguíase el bosque tupido donde apenas podían penetrar los rayos del sol.

Era un verdadero cuadro de costumbres americanas.

Un corro de muchachos indios medio desnudos, jugaban y reían sin cuidarse del sol abrasador que, á pesar de los aires marinos, caía á plomo sobre la plaza y allí, buscando la sombra de los árboles, extendían sus frutos y verduras las campesinas indias.

Lo más animado de la escena era la algarabía de los rapaces, vendedores de ardillas, cotorras, loritos y monos.

## II

En la habitación donde estaba el niño se habían entornado las puertas que daban paso á la galería; pero en ella y á pesar del sol, había dos personas, de pie y con la vista fija en el vapor, pasándose alternativamente los anteojos de larga vista para investigar lo que á bordo sucedía.

—El *Honduras* ha fondeado muy temprano, y sin embargo, todavía no desembarcan los pasajeros.

—No seas impaciente, mujer; allá está Luis y no tardaremos en verlo bajar con doña Margarita.

—Desde que nació Miguel está anunciando su venida, y ya que no llegó para el bautizo, ahora estará largo tiempo con su ahijado.

—Le quiere como á un hijo. Pero se diría que ya empiezan á bajar por las escalas.

—Por supuesto; el vapor saldrá á las diez para Guatemala.

Olvidaba decir que Corinto es el principal puerto que en el mar Pacífico posee la república de Nicaragua, una de las cinco naciones que componen la América Central, la más tranquila y modesta, circunscrita á sus elementos y recursos propios;

bella con su naturaleza exuberante y sus lagos poblados de recuerdos históricos y por extremo hermosos é interesantes.

— La madrina — exclamó la madre de Miguel: — corre, Salvador, corre á recibirla. ¡Pícara debilidad que me impide ser la primera en abrazarla!

## III

Verdaderamente la joven que así se expresaba tenía el color pálido, el rostro demacrado, los rasgados y expresivos ojos hundidos, y á no ser por la fiebre que la devoraba, prestando brillo y expresión á las pupilas, podría habérsela tomado por un fantasma con su vestido blanco que señalaba más aún su delgadez y aspecto cadavérico.

Al ruido y á las voces de varias personas se despertó el niño, y tendiendo los brazos á su madre lanzó un grito de alegría, diciendo:

— ¡Madrina, mi madrina!

— Sí, hijo mío, y tu madre dentro de poco.

Y lo estrechó contra su corazón á tiempo que Salvador decía:

— Por aquí, tía mía, por aquí.

Y una mujer gruesa, entrada en años, pero robusta y alegre, penetró en la estancia y corrió con los brazos abiertos hacia la madre y el niño.

— ¡Bendito sea Dios, que al fin ha llegado el día de veros! ¡qué hermoso y robusto es mi ahijado! — añadió acariciándole y besándole con entusiasmo; — ahora sí que es mío y sólo mío.

— Ya tendrá en usted segunda madre.

Margarita fijó entonces los ojos en su sobrina y exclamó:

—¿Qué tienes, estás enferma?... ¡Jesús! ¡Si no eres tú, ni tu sombra!

Salvador suspiró hondamente, y su mirada se fijó en su mujer con dolorosa expresión.

Hacia cuatro años que estaban casados, y de Guatemala habíanse trasladado á San Juan del Norte, puerto de Nicaragua, en el mar caribe.

En aquel clima insalubre y ardiente se doblegó la pobre naturaleza de Victorina, y poco á poco se agostaron las flores de su juvenil belleza.

¿Saben mis buenos lectores cuál es la enfermedad más terrible, más desconsoladora y más difícil en su curación?

La tisis, que sin piedad se ceba en los temperamentos jóvenes, arranca las ilusiones y destruye la felicidad.

Cuando Miguel vino á la tierra, para regocijar á Victorina y á Salvador, aun su madre no estaba herida de muerte, pero se hizo necesario el cambio de clima para intentar detener el mal.

Todo fué inútil; el pobre angelito estaba condenado á no tener madre, es decir, á perderla cuando apenas había disfrutado sus caricias.

Era la mayor desgracia, porque ella fecunda el corazón de sus hijos; ella desarrolla sus generosos sentimientos; ella es lo más santo, lo más amado, lo más fiel que tenemos en la tierra; el ser más desinteresado y noble en su afecto; el purísimo y verdadero corazón donde encontramos refugio y consuelo en todas las tormentas de la existencia.

La madre es el modelo, el ejemplo del cariño eterno, que vive de sacrificios y de abnegación.

## IV

Parecía que el cielo hubiera esperado la llegada de la madrina para que la joven se apagase de repente, como si la fuerza de voluntad la hubiera sostenido hasta aquel instante.

Sentada en un sillón pasó tres días más, contemplando á su hijo con éxtasis y encomendándolo al apesadumbrado padre y á la ternura de la madrina.

—Quiérela mucho, hijo mío; quiérela como á mí cuando te veas solo, hijo de mis entrañas.

—¿Pues adónde vas, mamaita?—preguntaba el niño con su inocente ignorancia.

La pobre madre no pudo contestar; ahogados sollozos lo impedían.

Por un esfuerzo supremo levantó de súbito al niño; le miró con ojos extraviados, y besándole débilmente le dijo á Margarita:

—¡Se acabó!.. ¡la madrina ante Dios es la segunda madre!.. ¡muero tranquila!..

El hijo de Victorina no tenía madre.





